La pelota que lancé cuando era niño, todavía no ha tocado tierra.
Dylan, Thomas

Usted es libre de:

- copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra
- hacer obras derivadas

Bajo las condiciones siguientes:

- **Reconocimiento**. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).
- **No comercial**. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- **Compartir bajo la misma licencia**. Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta.
- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor
- Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

LICENCIA

tradiciones 1
Remake 1
días borrados 2
nadie como los grekos 3
cien dragones ciegos 4
Abril 5
somos tan predecibles 6
diadicidio 7
SanCristobal 8
the wall 9
una derrota anticipada 10
la partida perfecta 11
Retrato 11
la gran depresión 12
la araña ha perdido el apetito 13
Edad de oro 14
europa 15
tristeza 16
cosas que no pasan de moda 17
mi padre fabricaba fantasmas 19
diario de un salmón 20
veranito 21
nimio 22
libros eléctricos 23
derribo 24
todo fluye 25

tradiciones

¿En qué momento algo que nació como una costumbre adquiere proporciones de tradición?

Si sólo le importa a un par de personas, ¿Sigue siendo una tradición?

Hace muchos años mi vida se cruzó con el rumbo de una preciosidad que tenía una extraña costumbre: al menos una vez al mes cambiaba algo que llevase haciendo durante mucho tiempo.

Cualquier cosa que hubiese incorporado a la rutina del día a día era la posible víctima. Podían ser cosas sencillas, como el tipo de café que tomaba al despertar o el camino que seguía para ir al trabajo, pero otras veces se entretenía en provocar pequeños terremotos en su vida que trastocaban por completo el orden de cuantos la rodeábamos.

De un día para otro decidía vivir en la otra esquina de la ciudad, su teléfono dejaba de dar señales o en su trabajo no sabían nada de ella... Me tocaba entonces recorrerme el hilo de Adriana de su vida para volver a encontrarnos en algún punto de ese camino que aún siguiese en pie. Un largo y extraño recorrido al final del cual siempre estaba ella esperándome para celebrar el reencuentro con acrobáticos maratones de sexo desenfrenado.

Ella, claro, estaba como una cabra, pero era preciosa y yo estaba enamorado como un becerro y cualquier cosa que hiciese me parecía el camino al mandala; una ruta llena de complicaciones cuya meta sería la pureza del alma, el amor verdadero o cualquier otra estupidez que sólo cobra algo de sentido cuando mezclas a partes iguales el amor y la ceguera.

O al menos así fue durante los seis meses que ella tardo en incorporarme a esa odiosa rutina suya de la que deshacerse a toda costa.

Aquello debería haber provocado algún cambio en mi vida, sin embargo no aprendí nada de todo ese tiempo que pasamos juntos. Soy bueno en no aprender lecciones por mucho que estas se empeñen en golpearme en la cabeza.

Me gusta aferrarme a las cosas, sentir que a base de repetir giros y pasos toda esta danza cósmica tendrá algo de sentido. Soy de esas personas que cuando encuentran una puerta cerrada intenta abrirla una docena de veces hasta que se dice, pues sí, estaba cerrada. Probaré una vez más antes de desistir.

Por eso, otro año más, hemos reunido todo este camino en un fichero en formato PDF.

Quizás no sea importante, quizás se pierda entre el ruido de un millón de sitios parecidos que nacen y mueren cada mes.

La pregunta es ¿Acaso importa?

Y si les gustan las tradiciones tanto como a nosotros, en la trastienda hemos dejado todo el rastro de estos últimos años. Sé que ella, de alguna forma, estaría orgullosa.

Remake

La magia se había esfumado e iba a ser difícil afiliar las palabras lo suficiente para que el corte fuese lo más limpio posible
Huyamos, propuse. Corramos. Simplemente corramos en direcciones opuestas. Hagámonos el favor y pongamos fin a esta vida de días cara a la pared. Has perdido la sonrisa en esta guerra. He perdido la autoestima y, entre los dos, nos hemos perdido el respeto ahora sí y luego también. Ríndete. Rindámonos sin explicaciones, sin concesiones. Acabemos con este pimpampum que ha destrozado cuadros, vajillas, corazones… Acabemos. Elije norte o sur, este u oeste. Elije y corre. Corre hasta que te agotes, hasta que me olvides, hasta donde las calles ya no retengan el eco de nuestras balas a media noche.
Y así, con esta breve declaración de intenciones, aquel otoño, por fin, terminó la guerra. El fin de las hostilidades. Huiste. Huí, y comenzó un precario equilibrio del que nuestros abogados dieron fe. Aquel otoño terminó la guerra. Tú en el norte y yo en el sur, refrendamos un tratado de paz que supuraba rencor en cada punto. No hubo ganancias. Sólo pérdidas que compartir, que repartir. Pérdidas y rencor hasta el punto y final del final de aquella guerra.

» misoginia: aversión u odio a las mujeres »
misandría: aversión u odio a los varones. »
adrofobia: miedo a los varones »
misantropía: aversión u odio a la humanidad.

Sigo el recorrido de su mano mientras termina de escribir las tres definiciones en una pizarra blanca, impoluta, con su letra alambicada y bonita. Es fácil imaginárselo pasando horas, una infancia entera, practicando la letra hasta poder mostrarla con orgullo ante sus progenitores. Es de esas personas que necesitan irse construyendo desde fuera hacia dentro, que buscan el aplauso y la palmada de extraños para no tener nunca que buscar su propio camino.

Cuando termina recoge el rotulador sobre su caperuzón, lo posa sobre la repisa de la pizarra y me mira con una enorme sonrisa de gato de Cheshire.

¿qué le parece?

Comprendo que debe llevar un rato hablando antes de escribir todo eso en la pizarra y que todo debe formar parte de un discurso más elaborado que me he perdido. Algo sobre mi, sin duda, sobre los pasos que he dado, el lugar hacia el cual me llevaron y todas las lecciones aprehendidas en ese camino.

Recuerda, siempre se llega a algún sitio si caminas la suficiente.

Necesita una respuesta y ninguno de los dos se marchará hasta que la obtenga. Miro una y otra vez la superficie de la pizarra buscando alguna pista, el significado oculto que me lleve de vuelta al tipo de la bata blanca y la sonrisa siniestra. Es la única forma de tenerlos contentos y que te dejen en paz: seguir sus juegos, asentir a todo y responder las respuestas que los libros les han dicho que deben esperar de todos y cada uno de nosotros.

Creo que existen demasiadas formas de odiarse en este mundo, digo finalmente.

Recoge de nuevo el rotulador y se queda a medio camino de la pizarra, a punto de escribir algo más, pero cambia de opinión en el último instante. Parece decepcionado mientras vuelve al escritorio y garabatea con gran cuidado en una par de hojas que tiene sobre la mesa. No son más que un puñado de líneas dentro de una enorme carpeta que lleva escrito mi nombre con una caligrafía bastante más vulgar, una caligrafía de oficinista aburrido.

Cuando regreso por los estrechos pasillos hacia mi habitación, la celadora me abraza durante un instante interminable y me ahoga con un aroma a lejía y guantes de latex. Yo intento responder al abrazo, pero sólo me sale un gesto mecánico y superficial. Posa dos besos húmedos en mis mejillas y me dice lo mucho que se alegra de ver mis progresos, me dice que pronto estaré fuera y podré realizar todos esos grandes planes de los que tanto hemos hablado.

En mi habitación me espera una enorme pared blanca y en medio de la cama una isla con forma de maleta a medio hacer. También veo una pequeña mesa con una libreta en la que alguien, probablemente yo, ha escrito un número de teléfono y una dirección. Me hubiese gustado ver alguna foto, cualquier cosa que pudiese usar de ancla para poder recomponerme de atrás hacia delante.

Cierro maquinalmente la maleta y me siento a su lado contemplando la inmensa pared sin huellas.

No puedo dejar de preguntarme cuáles serán esos grandes planes que me esperan allí fuera.

Me dice que no hay nadie como los grekos para bailar la danza del molotov, que cerca de Nápoles estuvo a punto de ser sodomizado por un carabinieri y que de vuelta a Barcelona conoció el amor.

En algún punto de todo ese recorrido me hubiese gustado tener hijos. Dos, me confiesa al final cerrando la ecuación sin levantar los ojos de la tacita de café que se pierde entre sus enormes manos. Pero no me gustaba el mundo que me había tocado, concluye: había que seguir luchando.

Levanta la mano y enumera con los dedos: de los sueños al cansancio, del cansancio a la frustración, de la frustración a la rabia. Un hámster atrapado en la celestial ruleta de los castigos y recompensas. El caso es que al final no tuvimos tiempo para nada. Sonríe tímido, casi avergonzado.

Estamos en una cafetería del centro en plena hora punta, a nuestro alrededor pululan cientos de tipos encorbatados y princesitas con trajes hechos en serie y maletines idénticos. Apenas queda sitio para moverse entre la multitud, pero nadie parece querer acercarse a nuestra mesa. Es algo que emana de su cuerpo y nos obliga mantener la distancia de seguridad, una historia antigua que podemos recorrer en cada cicatriz de su cuerpo y en la que, apenas te asomas al inventario de sus ojos, puedes intuir con facilidad toda una historiografía de huesos quebrados y huidas a media noche.

Cada doblez de su anatomía es un listado de golpes y represión, el resumen de una eterna lucha contra molinos que devinieron en gigantes vestidos de uniforme construyendo, golpe a golpe, una completa cartografía del aislamiento y la tortura en celdas y cárceles que no figuran en ningún organigrama oficial.

El sistema tiene tantas formas de matarte como de hacerte desear estarlo. Su frase favorita.

Bebe otro trago largo de la taza hasta dejarla casi vacía y su mirada se posa en el periódico local, en la foto de un político en campaña. A este lo conocía, me dice, escribía unas soflamas hermosas, pero odiaba la violencia. Las cosas deben cambiarse desde dentro y toda esa porquería, y ahí lo tienes, de concejal. Es el eterno retorno del capitalismo: el anarquista de hoy es el empresario del mañana. El esquirol que entra hoy a hurtadillas entre los piquetes se convierte en el huelguista feroz que pone silicona en las cerraduras y quema contenedores a la puerta de la empresa.

Al final todos nos acabamos convirtiendo en aquello que odiamos, es una cuestión de tiempo…

A sus ojos se asoma la sonrisa más triste que he visto en mi vida, pero todo su rostro cambia cuando por un momento parece acordarse de algo. Escucha, me dice en un susurro y rebusca en el fondo de la mochila. Saca un puñado de folios maltratados y unidos con una goma que empuja hacia mi lado de la mesa. Yo los miro sin atreverme a tocarlos, desprenden su propia energía, algo casi ritual. Me siento como si estuviese ante el jodido santo grial del anarquismo o algo igual de alambicado.

Escucha, repite, *debes contar la verdad, esta toda ahí, en los folios: los documentos, los contactos, todo. Joder, no me mires así, trabajas en un periódico, no hace falta que disimules. Ya sabrás que hemos sido nosotros, pero no queríamos que fuese así. No, no fue un accidente, joder*. De nuevo esa palabra pienso mientras le veo empujar otros dos centímetros más los folios hacia mi lado.

Teníamos las armas, los explosivos y estaba toda esa gente. Sabíamos que podía ocurrir lo peor, pero fueron ellos los que empezaron todo, querían que aquello fuese una masacre. No estaban allí para evitar nada, es la política del miedo, maldita sea. Sé que puedes hacer que lo publiquen y te necesito para contar la ***VERDAD***. Esa palabra la dice así, en mayúsculas.

No quiero que lo hagas por mi, yo ya estoy muerto…

Hace veinte minutos que se ha marchado y sigo delante de la misma taza de café y el mismo puñado de folios, intacto y sin mis huellas dactilares pienso en un momento de lucidez. Recojo la grabadora de la mesa y repaso la conversación retrocediendo y avanzando de forma aleatoria. Vuelvo a la parte donde habla de mi madre: *sé que te educó bien, y que harás lo correcto*.

Lo correcto, repite la cinta, y no puedo evitar una sonrisa. ¿Alguno de nosotros puede saber de verdad que es lo correcto?, todos nosotros, los que aceptamos sin preguntas, los que antepusimos nuestra comodidad como un muro ante esa realidad que se deslizaba ante nuestros ojos podemos, me repito, hablar de valores.

No sabríamos reconocer algo correcto ni aunque nuestras vidas dependiesen de ello y, lo peor, es que quizás dependan de ello…

Las flores de loto crecen en ignotos paisajes y cada una de ellas es cuidada por cien dragones, o quizás sean doscientos o, quién sabe, quizás sólo sea uno un poco viejo y desdentado. No hay forma de saberlo: los pocos que logran regresar de ese viaje se convierten en el centro de atención de todas las conversaciones y tienden siempre a la exageración.

Si prestas atención a sus delirios y dejas caer una moneda de cobre en la barra para que puedan tomar otra pinta de cerveza, todos te contarán cosas parecidas: los dragones, el frío, los compañeros muertos al cruzar el paso donde aúllan las tormentas…

Muchos de ellos dicen que el premio ansiado en esa búsqueda era alcanzar la felicidad, pero una felicidad tramposa y vieja como los dragones que la otorgan porque, dicen, esa felicidad sólo te será entregada un instante antes de morir.

Tanta es la sugestión de sus palabras y tan numerosos los peligros de la vuelta que muchos deciden poner allí mismo, nada más arrancada la flor, fin a sus días dejando a sus espaldas un camino plagado de miles de cadáveres con una sonrisa estúpida grabada en el rostro. Dichosos, felices y cadavéricos, abrazados en deliciosos sueños que otorgaron algo de sentido al camino recorrido.

Dicen que si logras volver con una, si consigues ignorar el canto de los dragones y regresas a casa con una de esas flores, la riegas con tinta y la arrullas con palabras insomnes, entonces podrás verla crecer tan grande y tan hermosa como grandes y hermosas hayan sido tus palabras.

Desde ese día la flor de loto formará parte de tu vida, ella alimentará tus sueños y danzará en todas tus pesadillas. Las flores de loto nos acaban conociendo mejor que nosotros mismos porque respiran nuestras ideas y beben de nuestros anhelos más profundos. Aquellos que nunca confesaríamos al extraño que comparte nuestra almohada.

En el mercadillo a la salida de misa he visto que venden cientos de estas flores. Ejemplares tristes y prefabricados que han sido regados con tinta de periódicos reciclados e interminables cintas de Bach. Nunca las veréis crecer, nunca habitarán vuestros sueños y, en realidad, nunca serán vuestras, pero la gente se las lleva por docenas y asombran a amigos y familiares en las fiestas de sociedad.

Somos la civilización de las soluciones rápidas para los problemas complejos, y apenas hemos dejado sitio para la lírica en medio de tanta estadística y tanta cifra.

Algún día habremos dejado de soñar y, lo peor, nadie se habrá dado cuenta.

Abril

Me he mantenido inmóvil mientras tu mundo se ha mantenido derrotado. Inerte. Fría como el acero. Muerta como el hierro. Triste como el silencio. Como mi silencio. Se me han oxidado las cuerdas vocales, ya no sé hacerlas gritar. Ni quiero. Ahora ya no.

Te he vuelto a mirar, como siempre, o como nunca, mientras dormías, y como quien augura que los minutos están contados, te he vuelto a imaginar hace muchos años, y me he maldecido por no haberte conocido ayer, cuando tú todavía eras un travieso niño rubio y yo todavía no había puesto el punto final a mi vacío, cuando nuestros ayeres aún no habían anulado nuestros presentes.

Lástima que estés dormido ahora que yo rompo mi quietud, ahora que por fin me decido a no seguir manteniendo el equilibrio en semejante postura.
Pero no te voy a despertar por una estupidez, claro, porque así, dormido, me pareces menos anónimo, menos desconocido, y yo, al fin y al cabo, sigo huérfana de palabras para explicarte cosas que no merecen mejor suerte que la llama del olvido, cosas que la vida nunca debió consentir que se recordaran.

Tú sonríes en sueños, sólo en sueños. Yo me río por no llorar, y afuera sigue soplando el viento. Cierro, suave, la puerta. Empiezo a correr. Hasta la lluvia que ha empezado a caer guarda silencio… La volatilidad de las nubes ya nos advirtió hace siglos de la futilidad de ciertas pasiones…

somos tan predecibles

Creo que he decidido no tener hijos…

levanto la cabeza con sorpresa porque hace ya un rato que habíamos convertido la conversación en un murmullo lejano y me había entretenido mirando una vieja motocicleta, idéntica en forma y color a una en la que me llevaba mi padre los domingos. Quizás demasiado idéntica, acababa de concluir al ser interrumpida. Como si la motocicleta de mis recuerdos hubiese sido sustituida de forma silenciosa por esta otra, la real, y ya no pudiese estar segura de mi memoria.

Le miro en silencio y necesito un rato hasta comprender que, en realidad, no hablaba de mi ni, la palabra casi me hace sonreír, de nosotros. Habla de su novia, su amante o su mujer. No recuerdo en qué punto se encuentra de esa especie de carrera de obstáculos en la que el mismo se pone las trabas para demostrar al mundo lo mucho que sufre.

El mundo es un lugar muy duro, balbucea nervioso confirmando mis sospechas. No quiero encarcelarme y todos esos rollos de hombre maduro acojonado ante su espejo. Casi todos los hombres cuando llegan a cierta edad parecen comprarse los discursos en las mismas librerías.

Me mira con ojos bovinos esperando mi aplauso y decido jugar un poco ante su inmensa necesidad de aprobación. Me mojo los labios y le sonrío coqueta mientras hago balance de la situación. Pero por mucho empeño que ponga en ello sigo sin llegar a entender que pude ver en él para que acabásemos compartiendo una cama en un puñado de encuentros fugaces.

¿Cuánto hace de aquello? El tiempo pasado siempre nos mira con amabilidad y nos hace olvidar todas aquellas cosas que no tienen explicación alguna. La vida convertida en un lento proceso de derribo, un incesante mover muebles y quitar cuadros sin salir nunca de la misma casa en ruinas.

Es aterrador pensar que él haya cambiado y yo no, odio el inmovilismo, es como caminar y caminar para no aprender nada. Pero es aún más triste pensar que él ha sido siempre así de estúpido y yo fui incapaz de comprenderlo. Seamos amables entonces, digamos que todos hemos cambiado y que en alguna de esas revueltas del camino tomamos desvíos divergentes.

Digamos eso e intentemos no pensar en que momento perdimos la capacidad de asustarnos al ser lo contrario de aquello que habíamos soñado.

Moriremos a pocos kilómetros del lugar donde nos nacieron y apenas habremos sido capaces de pensar algo que no haya sido ya pensado y masticado por las grandes ruedas de la historia y, aún así, sacaremos fuerzas cada mañana para asomar la mano fuera de la cama y apagar el despertador.

¿De verdad es esta la mejor versión de nosotros mismos?

Somos tan predecibles. Nos conocemos tanto, somos tan torpes y tan estúpidos que ya hemos perdido cualquier capacidad para engañarnos o sorprendernos.

Por eso sé, sin necesidad de mirar los posos del café recién terminado, que cuando la conversación vuelva a decaer y dejes de jugar con las aceitunas levantarás la cabeza, sacarás como si siempre hubiese estado en el bolsillo una llave de alguna habitación de hotel, y con tu mejor voz de persona segura de sí misma me preguntarás si quiero acostarme contigo.

Y sé todo eso igual que tu sabes que esta vez sí. Esta vez aceptaré la invitación.

Somos tan predecibles…

diadicidio

Salgo del sueño con unos guantes rosas dos tallas más pequeños y un gorro de lana relleno con papeles de periódico, a mi alrededor vislumbro desperdigadas por el suelo un mar de botellas hechas añicos.

Todo se parece sospechosamente al guión de los días anteriores.

Todas las historias arrancan siempre en algún punto y hace tiempo, en mi otra vida, hubiese sabido sin dudar si este era un buen comienzo para La Historia. En realidad no era un proceso complicado, las palabras brotaban casi sin esfuerzo y parecían tener vida propia bajo mi influjo.

Ahora he descubierto que eso era lo único que sabía hacer.

Estoy entumecido, cansado y noto el alcohol escapando peligrosamente de mis venas mientras me encamino a la cocina donde el hornillo no se enciende y hace demasiado frío para pensar en los meses que llevo sin pagar a la compañía.

Sé perfectamente lo que estoy haciendo: se llama diadicidio. El lento suicidio de los que afrontamos sin preguntas el día a día, y hemos convertido en rutina el ir sumando derrota tras derrota porque somos demasiado cobardes para hacer la rabona a una vida que hace mucho se nos volvió hostil y demasiado extraña.

Espera, borra eso, nadie pagará por las memorias de un suicida cobarde. Necesitamos una historia que sea buena pero conocida, nadie paga por sentirse idiota leyendo algo que no entiende. Una historia triste donde suframos mucho, pero atesoremos un puñado de grandes enseñanzas antes de la palabra fin. Eso es lo que quiere la gente, que los cojamos de la mano y les llevemos a las conclusiones.

No lo olvidéis: yo hago todo esto por contar La Historia. La Historia de como deje de ser escritor.

Sabes que estás acabado cuando rebuscas en tus viejos escritos para encontrar inspiración. Ese fatídico instante en que todas aquellas cosas desechadas por pueriles se vuelven jodidamente buenas y, lo peor, que nadie parece darse cuenta del engaño. Los cheques de tu editor siguen llegando y nadie quiere tirar abajo la tramoya de esta farsa.

En realidad has cruzado ese punto en que a nadie le importa lo que escribas mientras lo sigas haciendo. Pero tranquilos, yo no seré como ellos, si logro levantarme de esta tendré una gran historia para contaros.

Recojo las botellas que encuentro desperdigadas por la casa y salgo por la puerta abrazado a mi preciosa carga. Mis vecinos me miran con los gestos cansados de quien cree que nunca estará en este lado porque han sabido elegir en la vida. Son devotos de ese extraño Darwinismo social que impregna nuestros días y nos vuelve estúpidos y egoístas, nuevos esclavos de una realidad que hemos asumido sin preguntas.

Intento olvidarles y centrarme en llegar con todas las botellas intactas hasta mi guía espiritual, el hindú de la tienda que me vuelve a repetir que no es hindú, qué sabrá él, y me da algunas monedas a cambio de mi mercancía. No es gran cosa, pero suficientes para saber que hoy será un gran día.

Incluso las personas envueltas en el diadicidio, o quizás por eso mismo, amamos la rutina. No necesito esforzarme para saber que mis pasos me acabarán llevando hacia la estación del tren donde me vuelvo un borrón grisáceo entre la multitud y me arrullo al calor sucio y cansado desprendido por la gente al caminar a toda velocidad.

El tipo del quiosco es un imbécil, pero su café es bueno y me calienta las manos a través del vaso de papel. Me dice que sus antepasados levantaron esta ciudad de la nada. Sus ancestros eran gigantes, titanes que dominaban la taumaturgia y el difícil arte de doblegar el acero y horadar las tierras sobre las cuales levantaron los enormes rascacielos que ahora vemos desde cualquier punto de la ciudad.

La larga y fecunda progenie de esa raza, me cuenta, ha involucionado dejándose casi todo el lustre y resplandor en los rincones perdidos de la historia hasta llegar aquí, al tipo del puesto de periódicos y chucherías en la estación del tren, un pobre adlátere que nada sabe de albardear moles de cemento y hormigón. Una ignorancia que no le impide estar orgulloso y hablarme de una raza que sólo ha conocido por los libros de historia y de la que ya apenas quedan supervivientes.

Cada generación debe construirse sobre la sangre de la precedente para poder avanzar sin lastres. El tipo de la estación es como tantos otros que han traicionado a la historia y viven felices creyéndose especiales por el brillo de una gloria que nunca llegaron a rozar. No son nada, nunca serán nada y morirán a pocos kilómetros del lugar donde les nacieron.

Sin embargo, nada de eso parece causarles espanto alguno.

Es la felicidad de los locos y los ausentes. Aquellos que nunca sabrán nada del diadicidio.

Olvidadlos, nadie pagará por leer sus historias.

Debemos llegar al fondo, caer tan rápido que no sepamos si bajamos o ascendemos, tocar cada una de las notas de la desesperación y entonces, sólo entonces, tendremos una gran historia que contar.

No lo olvidéis ni sintáis lástima alguna.

Yo hago todo esto por La Historia.

SanCristobal

Estoy pero no estoy. ***SanCristobal.*** Surrealismo en estado puro. La pantalla iluminada de mi teléfono me pregunta qué coño hago aquí. Aquí?? Aquí. Vigilo mi silencio. Demasiado largo. De**mas**iado. Y las pestañas se me enganchan a todas las preguntas que no quiero responder. Presiento el hundimiento de un petrolero. Invítame a otra copa. Invítame y te contaré que antes muerta que arrepentida. Y el chico moderno parece contar un chiste desde su simulacro de escenario. Y yo no puedo con otra. Con otra de sus canciones. Y salgo a fumar. Y un tipo me dice guapa. La belleza se gasta, idiota. La belleza es fea, tarado, decía Shakespeare en Macbeth. Y yo no puedo oír una canción más de este tipo sin la copa número 16. Así que haz algo. Hagamos algo. Rescátame. Háblame de todo este tiempo que no hemos compartido. Brindemos en la habitación del *mejor-hotel-de-la-ciudad*. Salgamos juntos. De la mano. De una puta vez. Y para siempre. De este túnel sin salida.

El muro se levanta bloque a bloque, línea a línea. Una sucesión de hileras ocultas tras contrahileras tejidas en lenta y uniforme procesión.

Parece algo obvio, pero es fácil olvidar una lección tan sencilla cuando El Muro adquiere dimensiones incognoscibles y se convierte en algo que parece estar ahí desde el principio de los tiempos. Algo que seguirá en su sitio cuando nosotros, todos aquellos que contribuimos a construirlo y conservarlo, seamos pasto del polvo y el olvido.

También es fácil obviar la última y más importante lección que nos deja El Muro: que todos, con nuestra acción o, las más de las veces por omisión, hemos contribuido a levantarlo y sostenerlo.

Increíble, ¿verdad? Ese juggernaut inmenso e inabarcable no forma parte del orden natural de las cosas sin explicación; no es una puesta de sol que sale por mucho que intentemos taparla con un dedo, ni es el curso caprichoso de un río o la gravedad de los planetas trazada alrededor de sus órbitas.

El Muro es nuestra creación, y como tal debe ser cuestionada, día a día, pieza tras pieza.

¿Qué se oculta tras ese muro?, ¿contra quién dice protegernos?

¿hasta qué punto tenemos la obligación de engendrar más piezas útiles para su mantenimiento?, ¿no sería más razonable inculcarles el sagrado derecho de hacerlo saltar por los aires?

una derrota anticipada

Muertos, están todos muertos. Al fondo, acompañando la letanía de mi padre, escucho la estática de la televisión al cambiar de canal a toda velocidad.

¿Ese presentador de sonrisa perfecta? muerto, concluía mi padre ¿La rubia cocainómana que recibe un premio?, bien muerta. Todos muertos, volvía a repetir incansable y sonreía tan entusiasmado con el resultado del balance como un ángel de la muerte regordete y rosado.

Muertos, todos muertos. Pero aún no lo saben.

Mi padre tenía demencia senil, un cansancio inmenso o una rendición anticipada. Los diagnósticos variaban en función de a quien entregásemos las llaves de nuestra cordura.

Tú padre lo que pasa es que es gilipollas. Fue la conclusión lanzada por mi madre desde el quicio de la puerta justo antes de desaparecer con una maleta llena de libros y otra de ropa. Fue la última vez que la vi, aunque escribía cada pocos meses largas cartas con membrete de Aubervillier y hablando entusiasmada de una ciudad que sonaba extraña, casi quimérica e inasible. Como si hubiese equivocado la escala y hubiese aterrizado en una París alternativa repleta de azoteas vigiladas por un ejército de gatos negros, calles llenas de sonidos de acordeón y mimógrafos tristes que no sabían hablar.

Una París construido únicamente en su imaginación a modo de refugio. Una arcadia tejida a base de postales y películas en blanco y negro durante largos años de tener la sensación de estar siempre en el sitio equivocado.

En ninguna de sus líneas preguntaba nunca por mi padre; en realidad nadie se quedó el tiempo suficiente para comprobar la verdad, y aunque se hubiesen quedado nunca la habrían aceptado: mi padre veía el futuro. Pero no el futuro sencillo y definido que desde la distancia pregonan los nigromantes y adivinos. Era algo más parecido a tener plantada una pierna en cada tiempo, presente y futuro, y no saber nunca en que lado te encontrabas al despertar cada mañana.

Mi padre veía el futuro, o al menos la muerte que es la conclusión inevitable de ese futurible cuando avanzamos el número suficiente de páginas. Al poco tiempo de ser señalados por mi padre todos ellos iban muriendo, a veces de formas trágicas e inexplicables: la rubia del premio atropellada por un carrito de golf, un rey en el exilio a manos de un hijo eunuco… incluso dos futbolistas en la cumbre de su carrera en una carrera benéfica de coches eléctricos.

Su último y más espectacular ejercicio de adivinación ocurrió poco antes de Navidad cuando le encontré paralizado y desnudo en el baño. Esparcido por todo el suelo y sobre las piernas un reguero de orina y él, plantado en medio de aquella postal de la derrota, sin poder moverse, sin poder dejar de mirar hacia el frente.

Señalando hacia el rostro asustado del espejo y gritándole a su reflejo:

Tú estás muerto, muerto, deja de perseguirme.

la partida perfecta

Todas las vidas son un proceso de huida. Como esas películas de terror y bajo presupuesto donde la rubia protagonista huye despavorida, con un ojo mirando hacia atrás, por pasillos llenos de puertas. Tantea con poca fe algunas que están cerradas, ignora otras que estaban justo al lado y al final, por puro azar, encuentra un puerta por la que escapar. La puerta elegida es idéntica a otras tantas por las que ha pasado antes, pero la elegida es esa, y no hay forma de saber lo que encontrará al otro lado ni lo que había en cualquiera de las otras.

Lo jodido es que una vez traspasado el umbral no hay vuelta atrás. Te has condenado de manera definitiva a seguir probando nuevas puertas, siempre con miedo, siempre al azar.

Cuando era un chiquillo los creadores de videojuegos se jactaban de poner difícil, casi imposible, el conquistar los finales de sus creaciones. Uno de los trucos, mero reflejo de la vida, era no dejarte salvar la partida en ningún punto. Si querías acabar el juego debías hacerlo en una sola partida: la partida perfecta.

Los juegos de ahora son más amables, los han llenado de pociones, vidas extras y consejos. Puedes incluso salvar la partida justo antes de dar el salto fatal.

Las pastillas, el psicoanálisis, los libros de autoayuda con recetas empaquetadas, el TengoDerechoASerFeliz, todas esas herramientas destinadas a no sentirnos culpables ni responsables de nuestros actos, cumplen la misión de las pócimas en los videojuegos: darnos una visión menos dura de la vida para hacernos creer que es posible dar un paso atrás. Volver a las palabras nunca dichas, a los besos que dejamos escapar y a todos los “y sí” que hemos ido acumulando tras cada una de esas puertas ficticias.

Una mentira, claro.

La vida sólo es huida. Si tienes suerte, hacia delante.

Retrato

Esgrime la ironía para defenderse de la incomprensión, de la mediocridad y de la ceguera. Su dolor es íntimo, no se ve, y si alguien intenta rascar un poco, lo despistará con banalidades como su última liposucción o su penúltimo amante.
Escucha con la elegante mezquindad que presta cierta educación, pero jamás abrirá la boca para hablar de aquellos años meticulosamente equivocados, ni de aquella infancia complicada , ni del insomnio que persiste desde entonces. Jamás. Tampoco pedirá disculpas ni se lamentará de nada cuando el panorama invite, más que al llanto, a la deserción inmediata.
Heredó una sonrisa para dar las gracias y un porvenir tan previsible que a veces le borra la sonrisa, y los sueños, y las pretensiones… y le deja una tristeza fría y acuosa en los ojos…
Al amanecer se bebe la noche y saluda con un mohín en los labios a todos los desconocidos con que se cruza, consciente como es de que de lo fortuito surge la magia. Si alguna vez hubo lágrimas, ya están todas condensadas en presurosas nubes de marzo.
Y para cuando va a llegar a casa, sus siete vidas están listas para jugarse a los chinos el orden en que irán saltando al vacío que el tiempo les reservó…

la gran depresión

Hay una paloma muerta en el sitio donde nos escapamos para fumar. Me he fijado en ella cuando he descolgado el extintor con el que sujetamos la puerta metálica que nos separa de la azotea. Parece que le hubiese dado un ataque en pleno vuelo y hubiese intentando un aterrizaje de emergencia porque tiene la cabeza desaparecida bajo el cemento y el culo en pompa en lo que, supongo, sería un inútil intento de corregir el rumbo.

Los dos la hemos visto, pero la contemplamos sin decir nada envueltos entre el humo de los cigarros y un respetuoso silencio. De alguna manera sé que ambos pensamos que esta de aquí no sólo es la muerte fútil, y a su modo hermosa, de otra fuente de vida basada en el carbono. Es una jodido mensaje a todo color que resume de manera perfecta la gran depresión en que hemos convertido nuestras vidas.

Gastaremos cantidades absurdas de dinero en fingir que queremos encontrar respuestas a todos nuestros problemas; abrazaremos a cualquiera que nos prometa soluciones rápidas e indoloras para ellos; buscaremos formas de huir de nosotros mismos para acabar justo en el punto de partida… Y al final, justo al final, cuando te rindes y dejas de mover las alas porque hasta eso de seguir vivo ha dejado de tener sentido, justo en ese instante, comprendes que no estabas deprimido: sólo era tu vida, que era una puta mierda.

Y esa vida, escapándose entre todos los ángulos muertos que no vimos y los saltos que nunca dimos, al final, era lo único importante. Lo único que de verdad valía la pena conservar: tu única y más preciada posesión. Pero para cuando quieres intentar recuperar el rumbo ya es tarde, tu cabeza se aplasta contra el cemento y un enorme fundido en negro deja paso a la palabra fin impresa sobre la pantalla.

A mi lado él sigue fumando en silencio. Nunca he sabido nada del sitio donde trabaja, sólo que los dos elegimos el mismo sitio para fumar y de vez en cuando nos encontramos aquí arriba, acodados sobre la barandilla calibrando como sería una caída desde esta altura. Siempre lleva el mismo tipo de traje, negro y con un corte antiguo, unos gemelos de oro en las mangas y un zippo mellado y sin brillo con el que alumbra los cigarrillos. Una vez le pregunté donde trabajaba y él se limito a encogerse de hombros y señalar por allí, en dirección a cualquiera de las 30 plantas y los dos edificios que nos rodean.

Alrededor de la paloma muerta se reúnen sus compañeras que picotean el suelo ajenas a ese destino que tarde o temprano harán suyo. El cuerpo caído comienza a tener ese aspecto de cosa amorfa e indistinguible que empieza a ser asediada por los heraldos de la muerte en forma de pequeños insectos y moscas, pero el resto de palomas hacen increíbles esfuerzos para no prestar atención alguna al mensaje en technicolor, algunas aprovechan incluso para picotear voraces e incansables las hormigas y demás insectos que acuden al hedor de la calabrina. Se han convertido en pequeñas y estúpidas avestruces, seguras y confortables en su ignorancia sabiendo que aquello que no ves no puede hacerte daño.

De alguna manera siento que ese gesto tan sencillo nos debería hacer recuperar la fe en nuestra raza. Estúpida, ciega y autodestructiva, cierto, pero tan conocedora del poder de la muerte que ha llenado de rituales ese paso que todos daremos y al que nadie ha sabido buscar una explicación. Quizás, esa presencia tan cercana y constante de la muerte, sea el impulso necesario para ser un poco mejores cada día quizás, concluyo para mí mismo, de existir alguna esperanza para nuestra raza se encuentre en esos pequeños detalles: en ser conscientes de nuestro irremediable final y luchar cada día contra ello. No contra la muerte, sólida e irremediable como un cartel de cerrado, sino contra el olvido que borrará nuestras huellas cuando nos hayamos marchado.

Alguna parte de todo eso he debido decirla en voz alta porque mi compañero me mira con una sonrisa escorada mientras me responde volviendo la vista al infinito. Me alegra que aún tengas fe en la humanidad, pero si esos de ahí, me dice señalando hacia las palomas que rodean el cadáver, fuesen tus compañeros de trabajo, aprovecharían a verte muerto delante del jefe y en esa posición para darte por el culo si con eso lograsen un ascenso.

la araña ha perdido el apetito

En la España del futuro la InteligenciaQueProgramaVidas ha promovido UnNuevoDecreto ™ con un único artículo: a partir de su aprobación, antes de un puente y por la vía de de urgencia, los contratos de trabajo tradicionales serán abolidos y pasará a ser obligatorio trabajar a cambio de una comida diaria.

La patronal, reunida de urgencia, lo ha visto como un buen punto de partida hacia la tan necesaria búsqueda de la flexibilidad laboral, pero entienden que exigir por ley el poner carne dos veces por semana al trabajador nos puede restar competitividad frente a otros países del entorno. Más aún, dicen, cuando estudios independientes, de probada solvencia, afirman que dos raciones de arroz diarias son suficientes para que un trabajador pueda realizar actividades sencillas sin desfallecer.

Los trabajadores por su parte no han dudado en movilizarse. Las protestas parecen ir dirigidas no tanto contra el Decreto ™ como contra los funcionarios, controladores aéreos y profesores, ya que en sus convenios consiguieron incluir una mejora que les permitiría disfrutar todos los Viernes de un refresco bajo en calorías. Al parecer, afirman el resto de trabajadores, ese tipo prebendas representan un agravio comparativo inadmisible en estos tiempos tan difíciles en los que todos debemos arrimar el hombro.

Esto va para ti, chico del futuro. Recuerda que el sistema sólo dura mientras dure tu obediencia. Un precario y muy jodido equilibrio que consiste en hacer que siempre tengas algo que perder: puede ser un empleo colgado de la brocha, una hipoteca para toda la vida o la simple posibilidad, absurda de tan lejana, de poder escapar de la clase que te asignaron al nacer. Mientras tengas algo de eso a lo que agarrarte bajarás la cabeza, votarás cada cuatro años y aplaudirás con entusiasmo los discursos oxidados de los vencedores.

¿Recuerdas lo del palo y la zanahoria? Pues bien, los mercados hace mucho descubrieron que no hacía falta palo alguno y la zanahoria bien podía ser invisible. Una zanahoria mental, si lo prefieres, que cada trabajador inventa y diseña a su gusto, pero que les hace estar siempre en continuo movimiento.

Pero el sistema es codicioso y se vuelve estúpido en su ambición.

Como un entomólogo arrancando una a una las patas de una araña por pura diversión, el sistema ha descubierto que por mucho que te arrebaten sigues levantando muros cada vez más estrechos en los que te sientes afortunado atrapado en tu pequeña isla de irrealidad. Pensando que las cosas podían ser mucho peores; piensa en pesadillas nucleares, en los niños que se mueren de hambre cada noche en tu televisión, ¿Lo ves?, vives en el mejor de los mundos posibles.

Mira siempre a los que son peores que tú y nunca harás nada por ser un poco mejor.

Anotación 22: la araña, impedida tras la amputación de cuatro extremidades, trata de seguir acercándose a la comida. El esfuerzo es titánico y hermoso, aunque quizás gaste más energías de las que pueda lograr con la comida que se encuentra al otro extremo de su jaula.

La pregunta que tienes que hacerte, chico del futuro, es ¿cuánto más tienen que quitarme?, ¿en qué punto de la campana de Gauss tengo que situarme para no tener nada que perder?

Quizás, chico del futuro, ya te hayas dado cuenta, ¿verdad? El sistema te necesita pero no te ama, sólo quiere mantenerte en los límites, ni dentro ni fuera. Eres una arista, un *luser*, un *borderline*, un perdedor. La carcasa vacía de un tipo sin suerte, el polvo de una noche con un hombre de negocios casado. La ración pequeña de patatas fritas que te tomas mientras esperas el plato principal.

Hay mucho **odio** agazapado al fondo de tu tristeza, lo sé chico del futuro. Nos odiarás a nosotros que pusimos tu vida a los pies de los caballos, odiarás a todos los que miraron su comodidad y la antepusieron a tu porvenir pero, por encima de todas las cosas, te odiarás a ti mismo por ser tan estúpido y complaciente; por creer que la última vez que te pisaron sería la primera.

Pero sólo tienes una vida, chico del futuro. Lee, piensa y organiza toda esa rabia y, si eres un poco listo, la guardarás en el fondo de un cajón y harás lo posible por ser como aquellos que te jodieron la vida.

Es triste, chico del futuro, pero lo cierto es que no tenemos arreglo. Ya no, chico del futuro, quizás hace siglos sí, pero es tan tarde para ti como lo fue en su día para cada uno de nosotros.

Anotación 32: La araña, sin ninguna extremidad por arrancar, ya no busca la comida y agoniza tristemente en el mismo rincón de hace dos días. La conclusión es sencilla: una araña con las extremidades amputadas pierde por completo el apetito.

Edad de oro

Después de jugarte la noche a una mano, sólo queda el recurso de pensar que los caminos de lo inevitable están perfectamente trazados. Todas las sombras tienen su rostro… ya sabes, amigo, hay visiones que no se digieren ni con alcohol, de la misma manera que hay semáforos que jamás volverán a estar en verde…
Pero prueba… quién sabe… busca el muelle en el que abandonaste una plegaria para el desguace… haz que tus labios formulen (inútilmente, todo sea dicho) el abracadabra… pide asilo en las cárceles del tiempo… o reza un padrenuestro, qué sé yo… a lo mejor todavía hay algún dios que quiera salvarte.

La claridad de sus ojos
en los días finales de invierno
fueron su mejor momento
A cada uno de sus movimientos
la vida le reservaba
el papel principal

Turbia mirada de complicidad
Fuego cruzado en la oscuridad
En la lujuria de aquellos días
entre disparos de cocaína
viciosa y terminal
no tenía rival

Acostumbrada al amanecer
a fiestas con Charme y placer
El Mundo siempre a sus pies
Sueños en plata de ley
Chica mal de casa bien
Lo dice el viejo tango de Gardel

El guía parece cansado y sostiene con desgana su peso meciéndolo ora sobre un pie ora sobre el contrario. Todo en su charla suena como algo ya repetido mil veces ante miles de grupos de turistas distintos, pero sus ojos parecen animarse cuando nos dice lo afortunados que somos de estar aquí, entre estas rocas que duermen impasibles desde hace más de mil años.

Al parecer fantasmas con nombres de grandes corporaciones llevan siglos comprando la deuda de la vieja y postrada Europa que ya sólo puede pagar cediendo los derechos sobre sus iglesias y castillos. En unos años estos lugares serán parques temáticos donde millonarios y grandes directivos, con oficios y ropajes de época pero todas las comodidades, fingirán ser reyes y caballeros, prostitutas y condesas, quizás en un intento desesperado por escapar de sí mismos.

Dentro de poco la única visión que tendremos de esta iglesia serán las reproducciones en plásticos polimerizados fotoreactivos y cubiertos de hologramas, cortesía de Kodak, que reproducirán hasta la última grieta de la iglesia real que se habrán llevado a miles de kilómetros de su origen. Es un proceso cada día un poco más irreversible, porque Europa sólo parece tener capacidad para generar más deuda y ahogarse en guerras provocadas por aquellos que dicen ser sus salvadores.

El guía jadea extenuado tras su arenga y coge aire elevándose unos centímetros sobre sus talones para decirnos que tanto esfuerzo será inútil, que toda esa modernidad jamás podrá reproducir la sensación que nos oprime el corazón al cruzar la portalada, o el sonido de nuestros pasos sobre la roca desnuda ni, por supuesto, aquí abre los brazos para abarcar toda la superficie de la nave, esta luz cinestética que nos envuelve y dibuja fantasmas de otras épocas.

Es obvio que nuestro tayacán lo ignora todo sobre tecnología y más aún sobre el conformismo estúpido de sus congéneres.

tristeza

Como cuando dices que sólo estas cansada porque no te atreves a confesar que te sientes triste. Como si el meter la palabra tristeza en la ecuación significase confesar una verdad que prefieres dejar oculta.

Las palabras flotan etéreas, se enredan y desperezan en el aire un instante antes de explotar como estrellas fugaces. Sois un perfecto grupo de gente normal hablando en una preciosa noche de viernes, pero cuando es la palabra tristeza quien aterriza en la mesa las conversaciones agonizan en un carraspeo incomodo hasta detenerse por completo. Ante su presencia todos enmudecen y luchan por encontrar el conjuro que haga desaparecer esa palabra tan sucia y desagradable como una mosca defecando sobre un mantel de lino.

Míralos, observa sus caras: tienen miedo de enfrentar sus vidas ante el espejo de la tristeza, porque intuyen, quizás, que bajo las risas y las palabras amables que sirven de coraza palpite desagradable esa palabra

tristeza.

El engaño como mecanismo último de supervivencia. No les digas, ni se te ocurra mencionar que vagas por la vida como quien recorre las alas de un hospital vacío cuyos habitantes, los locos y los cuerdos, huyen de tu presencia porque ven palpitar tras tus ojos un abismo sin nombre ni apellidos pero tan viejo como el propio tiempo.

Cómo confesar que cuando sales del trabajo, donde apenas has cruzado un par de monosílabos con personas que son casi desconocidas, sólo quieres refugiarte en el gimnasio, clavar la vista en la pared de la máquina de correr y subir la música a todo volumen hasta que todo el cuerpo sea puro dolor.

Y llega ese día en que incluso eso deja de funcionar, por encima del ruido, más fuerte que el dolor, la tristeza encuentra el camino de vuelta. Y en esa huida a ciegas por escapar de ella te descubres una noche de tantas sujetando una copa sin saber como ha llegado a tus manos, y terminas convirtiendo en ritual el ingerir una pequeña dosis de alcohol que te cobije en un sueño sin sueños.

Un sueño que te deje náufraga en un orilla sin recuerdos ni reproches.

Sabes que deberías pedir ayuda, pero te aterrar descubrir que la salvación se encuentre tras alguna de esas puertas que lleva a las celdas acolchadas. A las mentiras autocomplacientes donde somos víctimas y nunca verdugos.

Y el médico del trabajo, puntual en su cita anual, te pregunta y tú únicamente dices: sólo estoy cansada. Y lo dices con la fe de un chiquillo antes de navidad, esperando que suene como un grito de auxilio de quien se ahoga y no encuentra la salida. Un intento inútil y desesperado para que olvide sus putos papeles y te convierta en persona, pero el feo desconocido de la bata blanca no aparta sus gafas del formulario y sonríe al decirte:

Será por el tiempo.

Y tú, que haces siglos que no sabes nada del mes en que mes vives, que cuentas los días y olvidas las noches, sonríes y asientes en una caricatura de ti misma.

Sí, es cierto, será por el cambio de estación.

Tuve la curiosa sensación de que había escrito un poema que era muy bueno y lo había perdido, y nunca volvería a recordarlo.

Marlowe.

Marlowe combina de maravilla con los días largos y ociosos, con las esperas en aeropuertos llenos de azafatas etéreas y cervezas sin alma

y, al parecer, con las ruinas en piedra levantadas hace mil años.

Cuando todo se derrumbe yo estaré allí.

Esa fue la última promesa que no pudiste cumplir.

Mi padre fabricaba fantasmas, pálidos eidolones holográficos que nos llevaban de vuelta a un pasado mejor gracias a una tecnología que llevaba sin cambios más de diez años y que mi padre revolucionaría de manera definitiva.

Mi madre sería su primera y más perfecta creación, aunque mucho antes de todo aquello, de su marcha definitiva, mi madre ya era un fantasma. Una figura hermosa que me llevaba al parque construido sobre ruinas en cuyo centro se alzaba el monumento a los caídos.

Mira hija, me decía, ¿los ves? Señalaba a su padre y mi hermano, dos aparecidos entre la interminable estantigua que narraba la estupidez humana. Al seguir la dirección marcada por su dedo yo sólo veía las garzas volando indiferentes entre los sauces. El terreno de los muertos aún me estaba vedado, pero mi madre se había situado en ese punto en que vives con un pie y una maleta en cada lado de la puerta.

Nuestro mundo, poco a poco, iba dejando de ser el suyo, y no había nada que pudiésemos hacer para retenerla.

Cuando ella desapareció mi padre se derrumbó en una locura serena, apenas perceptible encerrado como estaba en su propia cúpula de irrealidad. Me mandaba al centro de la ciudad, a recorrer las tiendas de moda en busca de aquellos juguetes que acababan de salir: sistemas holográficos que capturaban pequeños trozos de vídeo de los seres queridos; los reproducían de manera aleatoria e incluso, los modelos más avanzados, portaban módulos básicos de iteración capaces de cambiar los fondos y las situaciones además de mantener toscas conversaciones prefabricadas llenas de bucles sin salida.

No me importaba hacer de recadera, allí, deambulando por los bulevares de la zona de negocios, conseguía sentirme un poco más libre, lejos del extraño con el que vivía. Paseaba con cientos de catálogos y direcciones febrilmente garabateadas, y observa pasear ajena a los silenciosos trajes que salían un instante de sus madrigueras a fumar sustancias prohibidas para aguantar el tipo, o a los que veía volver a sus casas en coches con nombres de estrellas del rock muertas hace veinticinco años. Más tarde, cuando regresaba en el metro abrazada a las bolsas, sentía que de alguna manera llevaba conmigo todos los sueños del mundo, y eso me entristecía; todas nuestras esperanzas estaban puestas en el próximo avance tecnológico, el siguiente juguete que invadiría nuestra soledad para levantar un poco más los muros que nos refugiaban y nos asfixiaban.

Nos habían robado el alma o, peor, la habíamos vendido a una falsa modernidad. Aún se veía el miedo, una sustancia palpable en los ojos de los ancianos y en los pocos edificios que aún lucían las cicatrices dejadas por la guerra, pero poníamos todo nuestro empeño en evadirnos de aquello y entregarnos a la soledad de millares de aparatos eléctricos de las que aquellas estúpidas madagañas que llevaba en mi regazo eran sólo el penúltimo intento.

Mi padre diseccionaba y asimilaba aquellos aparatos con el fervor y el miedo de un cirujano ante una especie desconocida. Largas noches de aprendizaje programando a ciegas, de quemar circuitos en el altar de su locura mientras las llamadas del trabajo dejaban de producirse y un pequeño ejército de deudas se levantaba inmarcesible ante nuestra puerta.

Una vida que se hunde intentando vivir. Una casa, una madriguera, un agujero donde el tiempo y el espacio contenían el aliento.

Aún hoy me resulta imposible imaginar que mezcla de enfermedad, delirio y amor logró extraer de mi padre tan titánico esfuerzo. Cuando salió de la buhardilla aquella tarde de otoño portaba en su mano una diminuta consola con forma oblonga. Hedía a días sin ducharse y parecía flaco y cansado, pero era hermoso ver en su cara una sonrisa de triunfo que nunca más volvería a repetirse.

Estuvimos horas, o quizás fueron días, atrapados ante aquella pequeña consola. Mi madre estaba de nuevo con nosotros, perfectamente definida, charlando alegremente de cualquier tema, recordando las conversaciones y coqueteando con los vestidos. Era el recuerdo perfecto de mi madre, remodelado y pulido por una imaginación benigna; más parecida a la madre que añoraba que a mi madre real.

Al principio aquello fue nuestro secreto, pero las deudas acabaron imponiendo su propia lógica, y al final vi a mi padre con su mejor traje, asustado y cansado, pasear el fantasma de mi madre, su perfecta creación, entre aburridos hombres de negocios que anhelaban encontrar la manera de hacer inmortales sus pequeñas y miserables vidas. Entregaron a mi padre el dinero, sus fotos y vídeos más preciados, la argamasa y los ladrillos con los que mi padre erguiría una legión de fantasmas para cuando sus cuerpos no pudiesen reclamarlos. Ninguno aceptaba las primeras versiones, la risa era demasiado estridente, sus ojos muy vacíos. De amanuense de vidas ajenas, mi padre se convertiría en cirujano y confesor de aquellos hombres que lo tenían todo pero no eran capaces de encontrar sentido a la muerte.

Y los fantasmas llenaron la casa, vivíamos con ellos, compartíamos nuestros pequeños trozos de vida. La atmósfera era opresiva en aquella casa donde las creaciones de mi padre susurraban sus secretos. Secretos que alguien demasiado importante se

arrepintió de haber entregado y todo se vino abajo. Hombres de negro, impasibles como arañas zen, esperaban en la puerta de casa, y mi padre que aguardaba el momento, me entrego una maleta y un beso de despedida.

Cuando todo se derrumbe yo ya no estaré allí.

Viajo rumbo a Berlín con tarjeta de identificación y datos biométricos falseados,

y, mientras surcamos un mar de nubes, yo acuno en mi regazo el fantasma de mi madre.

En breve, en apenas un suspiro de este universo tan cansado, tú, yo, todos nosotros, seremos fantasmas.

diario de un salmón

Antes de marcharme de tu vida para siempre me recordaste desde el quicio de la puerta que era inútil, que las personas como yo estábamos condenados a no descansar nunca en sitio alguno. Lo único que nos guía es el gen de un extraño inconformismo perdido en alguna de las vueltas del A.D.N.

El día que encontremos algo que no queramos perder, ya no tendrá sentido: habremos muerto.

A veces es el camino ya recorrido el que te impulsa a negar la vuelta atrás, y te obliga a seguir caminando sin esperar nada más allá de la búsqueda en torno a la cual has atado todos los principios y finales. Trazando los días como las líneas febrilmente garabateadas en el diario de un salmón empeñado en seguir río arriba.

Si pudieses atraparlo entre las manos y le preguntases por el motivo de ese empeño. Si le hablases de los osos y pescadores cargados de trampas en cada revuelta del arroyo, te miraría sin inteligencia y coletearía desesperado por escapar de tus manos y seguir su camino.

Es difícil luchar por ser uno mismo cuando todos a tu alrededor esperan que seas cualquier otra cosa. Pero un salmón, un buen salmón, nunca deja que esas cosas perturben su ruta.

Arriba, río arriba.

Esta de aquí debería ser la foto de un flamante deportivo rojo escapándose del calor abrasador del asfalto, pero en elartistadelalambre™ llevamos con cierto orgullo el ser responsables de hasta la última de nuestras faltas de ortografía. Por eso nunca pedimos nada prestado, aunque eso lo haga todo más complicado (en especial cuando ni el presupuesto ni la técnica acompañan).

Así que no me sean ustedes lectores pasivos, carajo, e imagínense que este era el viaje soñado.

Que te has atrevido con ese vestido blanco tan bonito comprado en las rebajas, y que parece diseñado para resaltar un moreno cobrizo robado duramente a las horas de trabajo y a todas esas ocupaciones que alimentan la maquinaria de la supervivencia.

Que llevas meses con las maletas listas, los planos con rutas e itinerarios marcados, y un hotel en la ladera de una montaña llena de robles y casitas con chimeneas, o al menos así lo quieres imaginar cada vez que compruebas la ruta, esperando a la vuelta de unas pocas horas de viaje.

Que, por no alargar más la rondalla, este es el inicio de las **VacacionesPerfectas** y él, **el chico que conduce**, no parecerse darse cuenta de nada. Le daría lo mismo estar en cualquier otro lado, comprendes con impotencia según van pasando los kilómetros y te descubres con los dedos cruzados para que nada salga mal.

Los dedos cruzados, como cuando eras pequeña y conjurabas todos los fantasmas del armario con los ojos cerrados y ese sencillo gesto contra la mala suerte. Olvidando que las supersticiones siempre acaban chocando contra la realidad…

Y los coches se detienen en medio de la nada, y quieres, matarías por apartar su vista de la carretera, y te desperezas al sol, sensual como una gata con el vestido un poco por encima de lo que marca la decencia, pero él sólo mira al frente y grita impotente a los coches parados en medio del asfalto mientras manipula los mandos del aire acondicionado.

Y sientes una sensación extraña, un nocaut en la boca del estómago que te atenaza y te recuerda que quizás te hayas vuelto a equivocar, que las cosas perfectas sólo lo son mientras no se convierten en realidad. Y tienes frío con el aire puesto al máximo, pero aún así te sientes pegajosa con tu cuerpo unido al asiento por una película de sudor, y la carretera es una puna negra y palpitante que parece no tener fin, y los coches se agolpan, sumisos todos los caballos ante un orden superior e inmutable. Y el vuestro, el diminuto Ford rojo, parece aún más pequeño y prescindible rodeado de un mar de cristal y metal.

Y el chico ahora la emprende con la radio que os arroja una glosolalia incomprensible envuelta en una nube de estática, y durante un instante parece querer mirarte y entonces buscas una sonrisa cansada que diga que todo irá bien, que sólo es un comienzo y los comienzos nunca marcaron el final de una historia, pero nada de eso te sale, porque ya entonces te has perdido dentro de ti y sientes miedo, y te sientes jodidamente sola en medio de aquel atasco.

Y sólo puedes pensar en eso, en lo bonito que sería que un enorme globo azul elevase el minúsculo coche fuera de todo aquello, como en las ilustraciones de los cuentos infantiles donde los protagonistas siempre convierten los viajes en vivencias y todo parece tener un sentido y una razón.

Sólo eso, ¿no sería bonito?

Pues de eso hablaba la foto. Ahora ya lo saben.

nimio

La vecina de la lado andaba deprimida desde hace tiempo y ha encontrado respuesta a sus males en la colorterapia. Las soluciones más sencillas siempre son las mejores: ahora lleva la ropa interior en función de su estado de ánimo ¿Ves?, hoy me siento un poco insípida. Tira hacia abajo del vaquero y me asomo al pespunte de sus braguitas de un intenso azul eléctrico.

En el bar donde me hacen los bocadillos Gloria me ha dicho que se ha cansado de los hombres, de la ciudad y de competir con prostitutas más jóvenes que tiran los precios hasta lo absurdo. Vuelve al lugar donde la nacieron, un pueblo de Plasencia donde sus padres tenían unas tierras en las que piensa formar una cooperativa de alimentos ecológicos. Luis, el gitano guapo que siempre la anda rondando, apoya su idea con entusiasmo y aprovecha para comunicarnos que él también es un emprendedor. Para vencer nuestras caras de escepticismo nos muestra una libreta donde ha escrito la palabra "Ideas" con preciosas y enormes letras redondeadas. Entre esas páginas tiene apuntado como, tras pasarse dos semanas en el hospital por una discusión de negocios con sus socios rumanos, ha decidido abandonar el negocio de la chatarra: ahora recogeré bicicletas viejas, las arreglaré para dejarlas como nuevas y las venderé por el doble.

Yo, por si acaso, le describo como es mi bicicleta por si le da por "reciclarla" por error y antes de marcharme le digo que claro, que es una gran idea pasarse por el banco y preguntar por los créditos para emprendedores.

El mundo, pasito a pasito, se ha sumergido de una manera imperceptible en una locura tranquila y definitiva. Los perros del barrio son los únicos que se han dado cuenta, nos miran con caras raras y olfatean enloquecidos el aire antes de empezar una coreografía de aullidos lastimeros.

Presienten el final y no pueden entender que sigamos con nuestras vidas como si nada fuese a ocurrir. Nos piden, nos exigen la nave espacial con la que podamos escapar de esta locura.

Y, por si hiciesen falta más pruebas, cuando llego a casa y consulto el diccionario para intentar cerrar una frase me encuentro con un palabra que significa una cosa y su contraria:

nimio, mia.

1. adj. Dicho generalmente de algo no material: Insignificante, sin importancia.

2. adj. Dicho generalmente de algo no material: Excesivo, exagerado.

3. adj. Prolijo, minucioso, escrupuloso.

Nimio, creo que esa palabra le hubiese encantado a los chicos del club de la serpiente: Oliveira, Perico y Ronald. Tan bohemios, tan perfectos en su intensa imperfección. Ebrios y trágicos, caminando por las calles de ese París plagado de gatos negros donde el cielo valía más que la tierra.

Y entre ellos la Maga. Presencia inevitable, natural, a quien era imposible hacerle entender nada porque para ella el misterio comenzaba justo con las explicaciones.

Y, sin embargo, todos te tenían envidia. La Maga, siempre tan llena de vida, tan ella que era imposible no quererla, imposible no sentirse un poco Maga cuando Oliveira y sus secuaces jugaban a encontrar una nueva realidad entre las palabras muertas del diccionario y ella los miraba ajena, escondida a salvo en esa otra delusión que ella había sabido encontrar sin necesidad de tantas poses ni tantos fuegos de artificio.

Ella me enseña el pequeño aparato con forma de cuaderno y me dice: aquí dentro caben más libros de los que podré leer en toda mi puñetera vida. Me encanta como pronuncia la palabra puñetera, casi con deleite, deteniéndose en cada sílaba un instante y mostrándome sus labios enmarcados por un reborde del café que nos acabamos de tomar. Yo le hablo del placer de abrir un libro recién comprado, del ruido de las hojas e incluso del olor que desprenden. De cómo años después puedo abrir un libro y encontrarme con ramitas y manchas que me recuerdan donde lo leí por última vez y las manos por las que ha pasado. Ella me mira con la boca fruncida dispuesta a responderme, pero me pierdo parte de la frase ocupado en recorrer sus labios desde la distancia. Piensa, me dice, en la cantidad de libros que tienes, mira el espacio que ocupan y divídelo entre lo que pagas de alquiler. Es absurdo, concluye, posando la taza sobre el platillo.

Cuando pedimos la cuenta rebusco algunas monedas en el bolsillo y ella me detiene con una mano mientras con la otra lanza la tarjeta de crédito al camarero con habilidad de crupier. Entre los restos del bolso veo un reproductor de música diminuto y un móvil con una pantalla que parece un espejo y que acaba de sacar para comprobar algo pasando el dedo sobre la superficie pulida. Ella es una mujer de este siglo, y yo no soy más que un pobre romántico aferrado a unas ideas de otro siglo o peor, me dice justo antes de darme un beso de despedida, que quizás sólo existieron en los libros que has leído.

La veo alejarse Gran Vía abajo y me pregunto cuando este tiempo dejo de ser mi tiempo. Si ha sido algo gradual o si simplemente una mañana desperté fuera del sitio que me correspondía, pero cuando llego abajo y me acurruco al fondo del vagón del metropolitano abro el libro que me acompañaba, me arrullo entre sus páginas y todo vuelve a estar en orden.

derribo

El chaval me señala con un dedo regordete la página veinte del atlas, justo encima de una foto borrosa de unos niños negros con pinta de haberse instalado en una habitación sin vistas en el lado chungo del mundo. ¿Esta gente es pobre?, me pregunta.

Miro sus cuerpos entecos y desnudos, las chabolas precarias al fondo, y le digo que sí, que son jodidamente pobres. El niño asimila la respuesta, asiente con la cabeza y avanza dos páginas, el cabrón parece un mago a punto de descubrir su truco. Ahora estamos ante una página llena de gráficos y datos y otra foto, esta de un puñado de diamantes sobre fondo rojo.

Sin embargo, los diamantes valen mucho dinero, ¿verdad?

Sorprendido por lo bien que ha trazado la línea invisible entre las dos fotos, asiento y espero la inevitable siguiente pregunta: Entonces, ¿por qué son pobres?

Intento ganar tiempo y apuro la lata de cerveza que descubro, con horror, vacía. Le miro a los ojos y en ellos leo que no quiere mentiras, que no se las merece, esta vez no. Verás, digo, en algún momento las personas que dirigían a los padres de esos niños, sus gobernantes, cambiaron todos esos diamantes a cambio de hambre y sed…

Siento un golpe entre las costillas, y veo a mi hermana interponerse entre su retoño y mi cuerpo mientras me susurra entre dientes un imbécil que encierra mucho más desprecio del que cabe en una palabra tan pequeña. Le quita el atlas de las manos al chaval y le pone un puñado de plastilina. ¡Vamos a hacer un tigre precioso!, grita con entusiasmo.

Mi hermana piensa que si cierras mucho los ojos y no haces ruido, el mundo real pasará a tu lado sin molestarte.

En la cocina mi madre prepara la comida con movimientos precisos aunque su mente vaga lejos de la pequeña habitación. Aún no sabe como decirnos que tiene un amante y que muchas noches se despierta llorando. Por desgracia ningún vendedor de flamante sonrisa y zapatos de piel de caimán se acerca a nuestra casa para ofrecernos el atlas de las emociones humanas. Edición de lujo y en color, mire que acabados.

Cojo dos cervezas de la nevera y le alcanzo una a mi padre que se encuentra en el salón volcando su ira sobre el tipo trajeado del telediario. La recibe con un agradecimiento mudo y mira con reproche la que llevo en la mano, dejándome claro que lleva la cuenta. Pero no me dice nada, mi padre ha dejado de opinar sobre el mundo real.

No siempre ha sido así, mi padre antes creía en dioses, patrias, banderas y en los frutos del trabajo duro. Hasta que un día sus piernas le fallaron, como si de repente hubiesen desaparecido, y se precipitó al suelo sin entender nada. Tranquilo, le dijeron, le operarán nuestros mejores médicos y no le faltara de nada. Dos años después apenas puede andar diez pasos sin caerse redondo al suelo, y esos mismos médicos siguen mirando las placas y las radiografías mientras se comunican con murmullos y mueven sus doctas cabezas.

Cuando has visto a tu padre llorando en el suelo de pura impotencia, dándose puñetazos en las piernas intentando levantarse, tampoco es que una cerveza más o menos importe mucho, ¿Verdad, papá?

Salgo a la terraza en busca de aire, pero me recibe el inicio del verano y el descampado al otro lado de la calle donde los niños juegan entre los coches quemados con palos y pistolas de attrezzo entre las manos. Aún no lo saben, pero se están preparando para el asalto final: igual que los cachorros de tigre se arañan y muerden como preludio de las presas que tendrán que abatir, los chicos de mi barrio empiezan a intuir que sus vidas tendrán mucho de huida y desesperación.

Vuestro será el futuro, pero no el futuro brillante de los coches voladores, el sexo aséptico y la tele en tres dimensiones, sino el futuro en llamas de las ciudades destruidas y los coches polvorientos cruzando un desierto nuclear.

Parece que alguien hubiese colgado un cartel de cerrado por derribo sobre nuestras vidas y nosotros, que lo intuimos como ratas que huelen el huracán, seguimos con nuestras vidas como si nada fuese a suceder. Reduciendo los días a un control de daños que no es otra cosa que ir tachando días del calendario y esperar el momento en que alguien girará el interruptor rojo y todo saltará por los aires.

Visto así una cerveza de más tampoco es como para preocuparse, ¿verdad, papá?

Puedes creer que has logrado esquivarla cuando sales corriendo de la cama antes de que el amanecer se rinda ante el clarinazo de los despertadores, pero al final siempre te acaba atrapando.

Le gustan los días alargados e imperfectos como una mancha de aceite, cuando regresas un poco más vencido a casa y te dejas llevar por el reflejo atrapado en el metal pulido del ascensor. Es entonces cuando se instala en tu cerebro y te recuerda insistente que cualquier camino no transitado es siempre mejor que el recorrido.

Reconoces esa sensación, ¿verdad? Llámalo nostalgia si quieres, del griego ganas de volver sobre tus pasos. Ellos, los griegos, lo tenían claro: no puedes bañarte dos veces en el mismo río, página trece de los tratados de filosofía, y de ahí, en línea recta, hasta el cogito y el sum; el neuma atrapado en el Logos.

Todo fluye, nos dicen en sus libros, pero no siempre lo hace en la dirección correcta. Intenta recordar eso la próxima vez que planees dejarte llevar por la corriente.

Quisieras ahogar esa cenestesia en el inodoro, alfiletearla con rabia en un corcho para tenerla siempre vigilada, pero no puedes evitarlo, mi niña, porque tienes grabada en la frente la señal de los que buscan.

La marca de los condenados a tropezar mil veces con la misma piedra y a mirarla en cada ocasión con los ojos de la primera vez.

Sólo eres una pequeña polilla suicida en busca de una luz que quizás no exista pero esa luz, o más bien su búsqueda, es la única forma conocida de enfrentarse al día a día para aquellos que nunca llegan a un final.

Eres de la orgullosa estirpe de los buscadores, y sueñas cada noche en tus sueños con los sueños del mundo.